

do por licenciarlos, prometiéndoles crecidos salarios y tratándolos, no ya como camaradas, sino como ciudadanos, consiguió al fin ganar de nuevo las simpatías de aquellos veteranos, animados todavía por el espíritu militar.

Esto no obstante, la nueva campaña se presentaba difícil: en África, donde se habían reunido los mejores oficiales pompeyanos y republicanos, y donde había 10 legiones romanas a las órdenes de Metelo Escipión, 4 de Yuba, 120 elefantes, numerosa caballería, una fuerte escuadra, y cuantiosos recursos en dinero, la indignación y el fanatismo de todos los caudillos, menos Caton, eran extraordinarios. La idea de César, de mandar operar desde España contra los africanos, no se había podido llevar a cabo, porque también allí amenazaba un levantamiento, que César pudo dominar en otoño del año 47, después de haber destituido a Casio Longino y de haber enviado al Bétis, en lugar de éste, a Cayo Trebonio. A fines del mencionado año, César, que había sido elegido cónsul para el 46, pudo presentarse en el África. En 25 de diciembre, según unos, y según otros en 8 de octubre (y esta última fecha es la más probable) embarcóse con cinco legiones de soldados bisoños y una de veteranos; pero hubo de luchar tanto con el viento y con las tempestades que, en 3 de enero del año 46, todo su ejército tuvo que replegarse a las playas de Ruspina y Pequeña Leptis, que fueron puestas en comunicación con un fuerte campamento por medio de una línea de fortificaciones. El general romano hubo entonces de sostener difíciles luchas con las masas de jinetes y arqueros africanos, mandados por Labieno, y de aguijonear a los príncipes moros Bogud de Tingis y Bocco de Jol, al antiguo corsario Sitio y a los nómadas de Getulia, para que dirigiesen sus ataques contra Numidia. La falta cometida por Metelo Escipión, que en vez de dirigirse hacia el interior llevó la guerra a la costa, abundante en ciudades poco favorables a los republicanos, dejó malograr la ocasión que tantas

probabilidades de éxito ofrecía a los enemigos de César. La lucha que tuvo por teatro la comarca de Adrumetum, Ruspina y Thapsos, no ofreció, en el transcurso de dos meses, más que batallas de escasa importancia ó simples escaramuzas. César, por último, había podido llamar a sí a las antiguas legiones de Italia, conseguido lo cual, atacó enérgicamente la ciudad de Thapsos, para obligar a sus adversarios a librar una batalla en toda regla, batalla que aceptaron por fin los pompeyanos en 6 de abril del año 46, bien que en posiciones para ellos muy desventajosas. Antes de que hubiesen podido terminar las fortificaciones de su campamento, atacó César con ocho legiones, introdujo, con sus honderos y arqueros, el desorden entre los 60 elefantes con que Escipión quería cubrir su ala izquierda, y se arrojó con impetuosa violencia contra sus desconcertados enemigos; y como los soldados de César estaban altamente disgustados por las interminables campañas, se cebaron de tal manera en los pompeyanos, que 50,000 de estos quedaron en el campo de batalla. El rey Yuba y la mayor parte de los caudillos del ejército vencido, unos se suicidaron y otros encontraron su muerte en la fuga, pudiendo tan solo llegar sanos y salvos a España, Labieno, Varo y los hijos de Pompeyo. El más noble de todos los adversarios de César, Caton, que ejercía el mando en Utica, dióse a sí mismo la muerte, para no sobrevivir a la ruina de la república. El reino de Numidia fué fraccionado: los territorios occidentales se cedieron al rey mauritano Bocco; los orientales, hasta el río Ampsada, incluso Cirta, en donde se había establecido el contingente de Sitio, fueron convertidos en provincia, con el nombre de Nueva África, cuyo gobierno se confirió al historiador Salustio; y en julio del año 46, pudo César entrar de nuevo en Roma, para celebrar con imponente pompa el brillante triunfo conseguido sobre los celtas, egipcios, bosforanos y nómadas.

CAPÍTULO III

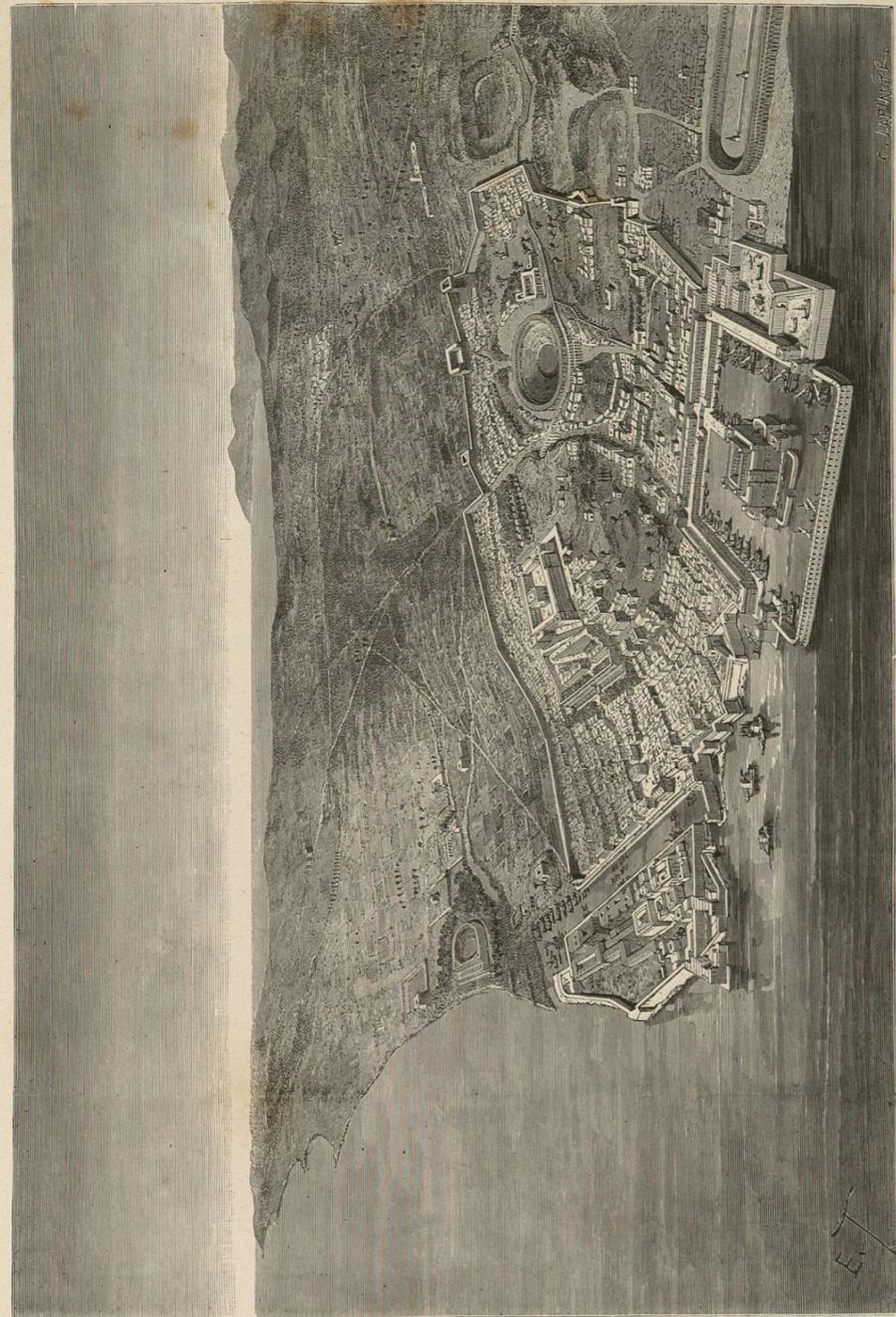
FIN DE LA REPÚBLICA

I. Estado de la cultura romana. Literatura.—II. Lujo de las construcciones romanas. Lujo en la mesa. Caza. Degradación de los romanos.—III. La filosofía. Estado social.—IV. César, nuevo *imperator* del Estado romano. Reformas de César.—V. Guerra en España. Batalla de Munda.—VI. Plan de César para la guerra de los partos. Cayo Octavio.—VII. Casio y Bruto. Muerte de César.—VIII. Marco Antonio y los asesinos de César. La política de Marco Antonio.—IX. Rivalidad entre Octaviano y Antonio. Derrota de Antonio en Mutina.—X. Situación de Bruto y Casio. Alianza de los cesarianos en la Galia. Apogeo de Octaviano.—XI. El segundo triunvirato. Las proscripciones. Terrible situación de Italia.—XII. Bruto y Casio. Batalla de Filipos.—XIII. Guerra perusínica. Antonio en Asia. Cleopatra.—XIV. Guerra de los partos. Los tratados de Brindis y de Miseno. Agripa en las Galias.—XV. Guerra entre Octaviano y Pompeyo. Muerte de Pompeyo. Derrota de Lépido.—XVI. Dalmacia y Panonia. Guerra de Antonio con los partos.—XVII. Rompimiento de Antonio y Cleopatra con Octaviano. Guerra entre Octaviano y Antonio y Cleopatra. Batalla de Actium.—XVIII. Mesia. Muerte de Antonio. Muerte de Cleopatra. Octaviano se anexiona el Egipto.

I.—ESTADO DE LA CULTURA EN ROMA. LITERATURA

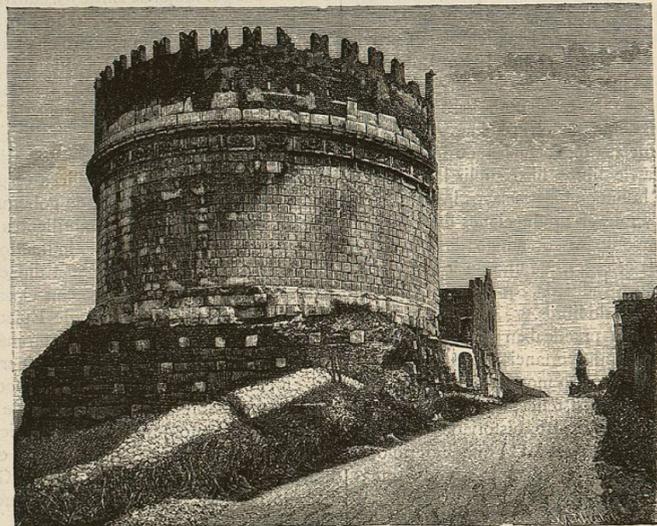
Parecía que las armas podían ya descansar por largo tiempo. César, cuya autocracia no era ya disputada, debía llevar a cabo la colosal tarea de encontrar la forma que más se aveniese con su nueva situación, y de reorganizar y dar nueva vida a la nación, herida gravemente por los horrores de la guerra civil y por las consecuencias del largo y funesto período del régimen aristocrático. Pronto se vió que solo al genio de César era dado dar cima a una parte de esta empresa tan gigantesca. En la situación política y social de los roma-

nos, se había hecho imposible conservar por mucho tiempo una república poderosa, ni crear una nueva monarquía espontáneamente reconocida. La más somera inspección del estado interior del pueblo romano, especialmente de los romanos propiamente dichos, demostraba de un modo harto claro que las antiguas virtudes nacionales, que en mejores tiempos habían echado las verdaderas bases de la poderosa república, estaban en rápida y completa decadencia. El aspecto exterior que ofrecía la existencia romana en los últimos días de la república era ciertamente brillante y magnífico. La antigua rudeza cedía, en las clases dominantes de la sociedad roma-



Vista de Utica

de los cimbrios, había tomado gran incremento el lujo de las quintas, de los jardines, de los viveros y de las construcciones, prodigándose, con desmedida profusión, los mármoles de distintos colores de Grecia, Italia y Africa. Poco ganaba en todo esto el arte; pues aun en los edificios de los particulares se mostraba la creciente manía realista de los romanos de manifestar singular predilección por las construcciones pesadas, como lo prueban los gigantescos monumentos funerarios que se conservan de personas de escasa significación política de aquel siglo y especialmente de los primeros tiempos de Augusto. Entre ellos puede citarse el sepulcro de



Sepulcro de Cecilia Metella

la riqueza en el aparato, se completaba la parte técnica y se multiplicaban los trajes, las decoraciones y, en una palabra, todo cuanto podía halagar á los sentidos. Entonces los actores, con razón admirados, como Roscio en los tiempos de Sila, y los héroes y heroínas de las comedias y de los bailes, poseían rentas cuantiosas.

Pero lo más triste era que el lujo de la mesa, que de vulgar y tosco se había vuelto refinado desde un siglo antes, tomó entonces gigantescas proporciones. Para los ricos y relajados romanos, entre los cuales se contaba desgraciadamente un héroe como Lucio Licinio, famoso por su refinamiento estético y elegante, toda la vida se concentraba, por decirlo así, en la comida, en el arte no solo de regalarse ellos y sus convidados con los más delicados y costosos manjares extranjeros, sino de dar varias comidas en un mismo día. Los productos de todo el país, de los territorios marítimos y de los países vecinos, el arte culinaria, que había llegado á su perfección, y la disposición de las quintas y palacios, todo debía servir para este desorden: las riquezas amontonadas en las grandes casas, las masas de esclavos que se poseían por mero lujo, la música y el baile, todo glorificaba estas licenciosas locuras.

Así como esta clase de placeres eran el pecado de las clases ricas y elevadas, la nobleza, los caballeros y la plebe celebraban juntos el sangriento espectáculo de los gladiadores y la bárbara diversión de la caza de fieras que desde

una dama, Cecilia Metella, construido en la parte Sur de la ciudad, junto á la Vía Apia, cuya forma es la de un colosal y macizo cilindro de piedra, que en un principio verosíblemente tendría la forma de cono. Otro monumento de este género, es la pirámide construida en tiempo de Agripa sobre la tumba del pretor Cayo Sextio, en la antigua Vía Ostiense; sepulcro, asentado sobre baldosas de travertino (1), que se eleva á una altura de 37 metros y está coronado de una pirámide revestida de losas de mármol blanco.

A medida que la fuerza de las concepciones dramáticas decaía, aumentaban en las representaciones teatrales el lujo y

los primeros tiempos de la república tomaron desmedidas proporciones. La caza de leones, panteras y osos fué una industria lucrativa, y los animales feroces de los desiertos y de las selvas de las comarcas bárbaras se convirtieron en uno de los más productivos artículos de comercio. Ya en el año 93, Sila había hecho trabajar, siendo pretor, cien leones en la arena romana.

Esta salvaje locura, junto á la cual encontramos además en progresión creciente la afeminación, la molición y la inmoralidad en las distintas fases de la vida, solo era posible en medio de la espantosa degradación en que habían caído las costumbres. Y aun cuando eran muchísimos los que conservaban las nobles virtudes de la antigüedad, la desmoralización mas completa reinaba en la vida pública. Ante el incremento que tomó en las ciudades itálicas lo que comunmente se llama con una frase francesa el *demi-monde*, ó sean, las mujeres elegantes que trafican con sus gracias, incremento debido á los muchos libertos, especialmente á los de procedencia griega, y ante la disolución de los hombres, aun las damas de las mejores familias fueron perdiendo rápidamente el pudor. Parejas con la disolución política corrían las innumerables intri-

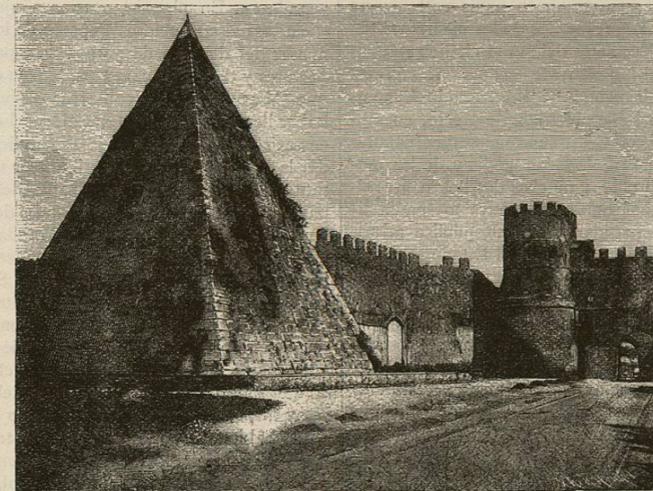
(1) El *travertino* es una toba calcárea que se forma de los depósitos del Tíber y sus afluentes; se endurece al aire y toma un color rojizo. Esta roca sirvió para construir muchos de los monumentos y casas de Roma. (N. del T.)

gas amorosas y los divorcios, bien que eran celebradas con calurosas frases algunas excepciones de esta regla general. La vida de familia se había corrompido profundamente en todas las capas sociales, y la venalidad había tomado en todas las clases gran incremento. La antigua hidalguía romana se había perdido por completo: el perjurio y la falsía eran vicios universales, estando además á la órden del día, y aun de la noche, los asesinatos y las luchas á mano armada, nacidas de un salvaje espíritu de partido, de las consecuencias de las guerras civiles, y de la anarquía que reinaba en la ciudad. La aglomeración de inmensas masas privadas de todo recurso y el olvido en que habían caído todas las reglas de policía, hacía muy dudosa la seguridad individual así en la ciudad

como en sus alrededores. En igual inobservancia habían caído las ordenanzas de construcción y de higiene.

III.—LA FILOSOFÍA. ESTADO SOCIAL

Esta degradación la precipitaron dos hechos, uno positivo y otro negativo. Por un lado, la antigua religión del Estado, modificada por los dioses del Olimpo, con sus ajeos, el colegio sacerdotal, los augures y los arúspices, había perdido su fuerza moral, y aun cuando, á pesar de la incredulidad, subsistió y se extendió como institución política, el pueblo buscó una compensación en los cultos orientales, tomando gran incremento el culto iránico de Mitra y especialmente el de la Isis egipcia con sus misterios, con lo cual ganó muy poco



Pirámide de Cestio

la esperanza de una regeneración moral. Las clases ilustradas contribuyeron, por otra parte, á aquella degradación. Predominaba entre ellas la filosofía griega, y entre los varios sistemas de ésta el que mas preponderancia tenía era el estoico, que, por sus teorías conservadoras, solo con dificultad pudo adaptarse á la antigua religión del país y á su existencia primitiva, pero cuyas máximas se armonizaban perfectamente con una moral casuística y con el procedimiento racionalista de los romanos y el antiguo y virtuoso orgullo de Roma. Desde la época de Escipión Emiliano, la filosofía estoica había echado tan hondas raíces en Roma, que creó la ética que mas tarde había de servir á la sociedad romana, por mas que solo adquiriera cierta fuerza en determinadas naturalezas nobles. Otras tendencias se habían ido mostrando junto á esta: desde la ruina del antiguo evemerismo (1), las doctrinas de Epicuro habían comenzado á arraigarse en las naturalezas escépticas y en las que deseaban la desaparición de la antigua existencia del Estado (en aquellas por ironía, y en estas por el afán de los placeres), lo propio que la teoría escéptica de la nueva Academia, que por su naturaleza no se encontraba en condiciones de poder entrar en relaciones positivas con la religión romana.

El desenvolvimiento social había ejercido un influjo posi-

(1) Doctrina de Evemero, filósofo griego del siglo IV antes de Jesucristo, según la cual los dioses de la mitología eran hombres divinizados, no seres superiores á la naturaleza humana. (N. del T.)

tivo, pero funestísimo: cuanto mas rica era Italia, cuanto mas florecían, bajo la influencia del lujo, las viñas, los jardines, las grandes casas de campo y los extensos territorios de pasto y caza, tanto mayor era la corrupción social; pues junto á los millones de esclavos de todo género, el pueblo romano y en muchos puntos el itálico estaba dividido en dos mitades muy desiguales, sin que las uniera la clase media, es decir, la clase industrial. De un lado estaban las personas acomodadas, así comerciantes y propietarios que poseían cuantiosos bienes, como capitalistas poseedores de enormes rentas. Estas riquezas, sin embargo, se obtenían á costa del sudor y de la sangre de las provincias, y servían en parte para mantener el lujo de que hemos hablado, en parte para objetos políticos, y en parte eran disipadas por los jóvenes pródigos, aumentando de esta suerte considerablemente las deudas. De otro lado, enfrente de estas riquezas, de esta soberanía del dinero, que suele ser siempre causa de males funestos, existía una gran masa de proletarios libres, con la cual iban á veces á confundirse los hombres perdidos de las clases elevadas. El proletariado de la capital, mantenido por el Estado, innumerables bandidos, con ó sin color político, algunos libertos, arrendatarios y colonos que en los distritos rurales existían junto á los esclavos, los jardineros de Roma, los libertos que trabajaban como mercaderes ó industriales, y por último los proletarios que completaban el ejército, eran los principales elementos de la plebe, á los cuales, además de la población esclava, se agregaban los extranjeros de las provincias,

na, á la superior civilizaci6n helénica, que poco á poco habia ido infiltrándose en el romanismo. La vida griega sirvió asimismo de ejemplo para la educaci6n de la juventud romana.

Los jóvenes romanos, desde la terminaci6n de la guerra civil de Sila, estudiaban con gran predilecci6n en las grandes escuelas filosóficas de Atenas y en la ret6rica griega de Rodas, visitaban los monumentos de la cultura griega del Asia Menor y hacian gozosos viajes instructivos á los sagrados y clásicos lugares de la antigua historia y á los museos de las antiguas artes. El noble idioma latino, que al extenderse entonces por la Galia y por la Espa~a, habia sufrido las influencias del barbarismo, alcanzó su mayor perfecci6n en la capital, por lo que á la oratoria y á la literatura se referia, con Ciceron y con César, y alcanzó el modelo de su prosa, considerada durante mucho tiempo como clásica. Los trabajos literarios tomaron gran incremento en el mundo romano, y en aquella época, en que la esclavitud, base bajo muchos aspectos de aquella antigua civilizaci6n, ofrecia los medios de utilizar las fuerzas intelectuales de los mismos siervos, la gran demanda de libros hizo suplir la moderna prensa con el trabajo de innumerables esclavos instruidos en la copia de las antiguas y nuevas producciones literarias. El culto banquero Tito Pomponio Atico, amigo de Ciceron y de otros muchos romanos célebres, fué uno de los principales iniciadores de esta nueva industria, que luego sirvió de base á un animado comercio de libros.

La literatura, tal como la practicaban los romanos, no abundaba todavía en obras de importancia, y las producciones históricas, que hubieran podido mostrar en alto grado el carácter nacional, llevaban una existencia lánguida. Los antiguos escritos de L. Claudio Antipatro, historiador crítico y castizo escritor (180 á 120 antes de J. C.) que describió la segunda guerra púnica, publicó la historia antigua romano-italica, y se distinguió por sus conocimientos y por su imparcialidad, y los de P. Sempronio Asellio, no fueron sobrepujados, ni por la ampulosa historia de las guerras de las ligas y civil de L. Cornelio Sisena (pretor en 78), ni por los posteriores cronistas que trataron nuevamente de la antigua historia de la ciudad, y entre los cuales Cayo Licinio Macer, que murió en 66, consideró el período de las antiguas luchas de clase por el prisma de las tendencias democráticas que en su época dominaban, y Valerio Antias exageró el número de los vencidos y el de las victorias de los viejos romanos, conquistándole esto un renombre poco envidiable. De mayor importancia histórica y práctica fueron los escritos del mismo César, grande hombre que dió nombre á su época en otros conceptos distintos del de general y hombre de Estado, y los de uno de sus antiguos partidarios, Cayo Crispo Salustio (nacido en el año 86 en Amiternum y muerto en 35), cuyos bosquejos de la guerra de Yugurta y de la conjuraci6n de Catilina, á pesar de algunos defectos, constituyen, por la elegancia de su lenguaje y la veracidad de las descripciones, uno de los mas interesantes monumentos de la época. Junto á estos el excelente M. Terencio Varron (116 á 27), sabino de Reate, uno de los mejores representantes del buen decir y de las buenas costumbres de antiguas épocas, conquistóse gran fama por sus obras de distintos géneros, y especialmente como erudito investigador de cuanto al idioma latino se referia y como especial conocedor de las antigüedades de la naci6n romana. Ciceron, no solo por sus muchos discursos políticos y jurídicos, que como los de los grandes oradores de la época se propagaban en forma de libros, sino tambien por sus muchas obras sobre el arte, la historia, la teoría y el tecnicismo de la elocuencia, por la epistolografía, tan magistralmente cultivada por él y otros contemporáneos suyos, y

por sus escritos filosóficos, se conquistó imperecedera fama como maestro en el habla latina.

Menor fué la fecundidad de los hombres de aquel siglo en punto á obras poéticas, que solo se transmitieron á la posteridad romana. Nada interesante nos ofrecen la tragedia y la comedia de aquel tiempo y solo adquirió cierta importancia el *mimus*, nueva coleccion de pequeñas comedias, la mayor parte desvergonzadamente eróticas, en las cuales se *pintaban* las costumbres de la vida diaria de la capital, en cuyos teatros se representaron desde el año 82, en que cayeron en olvido las farsas atelanas, y que ofrecian al público el aliciente de que en ellas los papeles femeniles eran desempeñados por mujeres. Entre los cultivadores de este género, alcanzaron gran renombre Publio Siro y el erudito Laberio (muerto en 43), que era maestro en el arte de describir caracteres y de dar extraordinaria vida á la expresi6n. Entre los representantes del arte oratoria, fueron los mas importantes en aquella época Q. Valerio Cátulo, de Verona (87 á 54), y el didáctico Tito Lucrecio Caro (99 á 55). El primero, ardiente partidario de los republicanos adversarios del gran triunviro, lanzaba en los municipios itálicos epigramas tan mordaces como elegantes contra el odiado gobernante, y mostró en sus elegias, de un modo feliz, sus brillantes dotes, su castiza forma y su encantadora dulzura, imitando al alejandrino Calímaco. El segundo, en su poema didáctico titulado «De la naturaleza de las cosas», trató con el calor de la convicci6n y con gran poesia, la filosofía de Epicuro, imitando la manera del antiguo Ennio, aunque con mas melodia y en estilo completamente romano. La sátira, género propiamente romano, en el cual sobresalieron muchos poetas, encontró su primer representante en Cayo Lucilio de Suessa (148 á 103), hombre de talento que se dedicó al aticismo cáustico. En el período, cuya descripci6n hacemos, el eminente Varron, imitando al filósofo cínico Menipo de Gadara, en Siria, que floreció por el año 208, antes de Jesucristo, coleccionó las llamadas sátiras menipeas, en las cuales, con el gracejo de los romanos, describió de un modo enérgico y expresivo el descontento que á él, romano á la antigua, producía su degradada época.

II.—LUJO EN LAS CONSTRUCCIONES ROMANAS. LUJO EN LA MESA. CAZA. DEGRADACION DE LOS ROMANOS

Varias y poderosas razones tenia para ello: el mundo romano, con excepci6n de algunos puntos de Italia, especialmente en la comarca de los sabinos y en la Alta Italia, donde existian un fondo de buenas costumbres y de virilidad, habiase corrompido extraordinariamente desde que en el siglo segundo antes de J. C., habia comenzado la degradaci6n moral. Las inmensas riquezas acumuladas por las exacciones de los gobernadores, oficiales y funcionarios; las consecuencias de esta acumulaci6n, y la explotaci6n, en virtud de la cual toda la hacienda itálica de todas las partes de la regi6n del Mediterráneo aflua á la península y muy particularmente á la ciudad del Tíber, habian sido causa del desarrollo de un lujo siempre creciente, opuesto por completo á la antigua sencillez, que además de haber originado gustos exóticos, habia llevado á los romanos á licenciosas disipaciones y á placeres puramente sensuales. La afici6n á las obras de las artes plásticas habia sufrido una modificaci6n profunda y revestia las mas de las veces caracteres odiosos. El robo, las exacciones y la compra habian llevado á Roma y á las *quintas* de los grandes romanos los tesoros artísticos de la Grecia, puestos entonces en gran moda, arraigándose cada vez mas la afici6n á los preciosos utensilios que embellecian las mesas y las habitaciones. Desde los tiempos de la guerra